

ESTHER L. CALDERÓN

Pipas

A mi hermana Sara:
todo es mejor desde que existes.
A Julia y Eloy, mi amor en adelante.

«El día que vea a unos niños
jugando al balón
y no desee que se les vaya
para poder chutarlo
habré muerto por dentro».

INSTAGRAM

«Voy a crear lo que me sucedió».

CLARICE LISPECTOR

«Me interesa lo que se encuentra en el
origen del erotismo, del deseo.

Lo que se puede, y quizá no se
debe, apaciguar con el sexo.

Se desea como se escribe, siempre».

MARGARITE DURAS

I. Imagina

Imagina una ciudad sin pasado.

Una ciudad nueva, recién hecha, haciéndose. Una ciudad que solo piensa en futuro: solo es en futuro. La flecha del tiempo muy recta.

La flecha de lo que deseas muy recta hacia el porvenir.

Hacer ahora para.

Imagina.

Tres bloques de pisos primero, ocho después, veinte, noventa y dos, ciento quince, doscientos cuarenta y tres pisos, trescientos cuarenta y ocho y luego más, y todos los bloques de pisos casi iguales. Tres torres de doce alturas se mezclan con casas bajas en el centro de esta ciudad, casas del pasado, de cuando esta ciudad nueva, recién hecha, haciéndose, era un pueblo, casas de piedra cántabra con balcones de roble y geranios rojos, también rosas blancas y hortensias azules, casas de las de antes que van cayendo ante el progreso, ese mito, y dejan solares que tampoco durarán, vacíos los solares que no durarán, como no duró el camelio de la casa del Indiano, junto a la palmera, ni el prao del Loco. El supermercado de Villalobos está aún en una de estas casas de dos alturas, la caja de pimientos verdes bien colocada en la puerta junto a la de los tomates del Loco Antonio, que tenía un prao que vendió para que unos de Santander construyesen más bloques de pisos, quinientos cincuenta y siete bloques ya. Una leve capa de polvo cae sobre los pimientos verdes y los tomates del Loco Antonio cada vez que

un camión toma la curva del supermercado de Villalobos hacia el polígono, porque un poco más allá, en la periferia de la periferia, siempre hay un polígono, este en concreto pasando las obras de la plaza de la Constitución, que se inaugurará casi en los noventa, y que tendrá espacio techado para la coral del valle, y para que las niñas que dan clase con Gloria bailen con moño alto y falda de lunares azules al final de curso. La mayoría vive en la ampliación de los bloques, dos mil seiscientos trece, dos mil setecientos cuarenta y siete, todos para los hijos y los nietos de los que ya vinieron; y será hacia las vías del tren, qué buen precio para tres habitaciones, y además no se oye tanto.

El tren. Su ruido.

Muy recto.

Por venir.

Aunque no es verdad que no tenga pasado esta ciudad que digo, esta ciudad que solo piensa en futuro, no es verdad que no haya pasado en esta ciudad: todo en ella es, en las cabezas de su gente, como siempre ha sido y como siempre será.

Imagina.

Imagina una ciudad sin belleza.

Dos fábricas que crecen a la vez. Una de cables y otra de fertilizantes. Imagina las naves de producción, la chimenea cilíndrica, los tubos de aluminio por fuera de la fachada, las oficinas del edificio rectangular cerca del economato, la sirena en el cambio de turno.

El polvo negro se va pegando a los vértices de las ventanas, hacia abajo los chorretes negros de lluvia en las fachadas de los bloques de pisos que dan al norte y al noroeste, donde pega el gallego; llega desde el barrio pesquero de Santander el polvo del carbón que dejan en puerto los transatlánticos hasta hacer una montaña (las gaviotas encima): cien, mil, doce mil, veinticinco mil, quinientas

trece mil, dos millones de ventanas con chorretes de lluvia como lágrimas negras.

Imagina varios abuelos acodados en la barra, tomando el blanco Igarbí en el bar de Tinín, en la Sindical, donde Aníbal, todos recién jubilados de esas dos fábricas a las que llegaron en su veintena desde pueblos cercanos, lejos en la memoria ya. Allí dejaron tres o cuatro vacas, el burro Alberto, que un día dio una coza al cura y todos rieron, qué canalla el burro, y un terreno arriba con dos manantiales donde el agua bajaba sucia y subía limpia, cerca de la linde de Villaescusa, desde la que, a lo lejos, mientras mi abuelo araba, los días de sur se veía la mar. Quizá dejaron algún trigal amarillísimo si fue desde la Meseta desde donde vinieron, como mi otro abuelo, que primero llegó él y luego toda la familia, harta de planicie y achicoria, desde el norte de Burgos. Lugares que suenan a mítico (y viejo) a sus hijos, hijos que fueron naciendo entre sirenas y que van heredando sus puestos en la fábrica, contentos todos por esa herencia genética del puesto en la fábrica que tanto costó a los sindicatos arrancar a la patronal, contentos porque al firmar su contrato, algunos con el mismo nombre y apellido, treinta, cuarenta, cincuenta y un años después, firmaron también una hipoteca mirando a las vías, qué buen precio tres habitaciones y no se oye apenas el tren.

Su ruido.

Qué recto.

La sensación de que se avanza, de que se ha sido más listo, de que sin echar horas se gana más que lo que ganan la docena de hijos —de entre miles de hijos— que acabaron en la universidad. El tipo de identidad digna y pétrea que teme cualquier fisura porque una grieta es romperse, que fuma un Celta o un Ducados, como mis abuelos, quizá un Marlboro o un Fortuna, como mis tíos, muy prieto entre los dedos grandes, *mecagiüensos*.

Aunque no es verdad que no hubiese belleza en esta ciudad que digo. A veces mi abuela volvía a casa cargada de botes de toma-

te El Jinete. Las dos bolsas de tela le pesaban igual a ambos lados de las caderas, como a una diosa abundante de la justicia. Y al llegar a la despensa ordenaba los botes despacio, qué bello ese momento, con una sonrisa mínima en los labios, ancha, porque era una oferta de 3x2 y ella tenía cuatro veces 3x2 para su altar a todas las diosas y eso quería decir que cuatro de las doce latas estaban allí gratis, y le había dado además para traer una chocolatina rellena de fresa a su nieta, pero ella colocaba las latas con una dulzura extraña que no era de ser más lista que nadie, ni de tener más futuro que ningún tiempo, sino de ser junco: el tipo de identidad que nada ni nadie, incluido el mercado, incluidos los Celtas amarillos y prietos entre los dedos, pueden vencer (aunque sí doblar).

Imagina.

Imagina una ciudad sin consuelo.

Esta ciudad de la que hablo no da al mar, aunque si subes al Alto Maliaño puedes ver más allá la parte del puerto de descarga de Santander, un poco después de Raos y del antiguo hospital de Pedreña, donde los barcos de Cuba hacían cuarentena el siglo pasado antes de entrar a puerto noble, donde más tarde la gente se operaba de las vértebras, justo enfrente del psiquiátrico de Parayas, la sede de las traineras de Camargo, la rampa donde los críos se bañan y el desguace de barcos. En esta ciudad que no da al mar pero casi, que es suyo el mar pero no, hay una ría en la parte baja que se llama de Boo, ría de Boo, en la que la fábrica de cables de acero enfría sus máquinas y se deshace de lo que tenga que deshacerse porque nadie mira qué es, una ría en la que el último cangrejo rojísimo de agua dulce, que mi madre aún vio aunque yo no, cortó con sus pinzas fango plata al morir.

Aunque no es verdad que no haya consuelo en esa ciudad de la que hablo, hecha de futuro pero con la cabeza en el pasado, existe una colina de camino al instituto, una loma asalvajada en la que nadie repara, donde una vez encontré un fósil de amonite, cuatro-

cientos millones de años tenía aquella caracola prieta y escalonada (otro tipo de tiempo), una colina en la que aún puedes sentarte a llorar sobre el horizonte (qué importante un lugar donde llorar), las luces de las turbinas ya de noche azul marino como un bosque de luciérnagas crujientes.

Imagina.

Imagina una ciudad sin eros. Eso es lo que quiero decir. Me ha costado más de tres décadas saber lo que quiero decir. Imagina una ciudad sin deseo, una ciudad sin imaginación. Una ciudad donde todo es como siempre será. Donde la gente solo piensa en lo que ya sabe. Solo quiere lo que ya conoce. Solo aspira a lo útil.

En esa ciudad de periferia donde solo puede verse más acá de lo que ya existe crecimos varios millones de adolescentes en los noventa. En esa ciudad de periferia, ansiosa sin saberlo de belleza, consuelo y deseo por la vida, obsesionada sin ser consciente con el porvenir, atrapada entre el fin de mes y el principio de una nueva era, pasamos las tardes miles de adolescentes, sentados en el banco del parque, removiéndolo el tiempo en la olla para que no se pegase abajo con el fuego, comiendo pipas como una orquesta, un escuadrón de dragones con hambre, preguntándonos qué maravillas (y otros monstruos) habría más allá de tierra conocida.

Más allá de la autovía.

Y esa es una forma muy concreta de crecer.

Una forma muy concreta de mirar.

No era nuestro el mar, pero casi.

2.
Marco y Laura

Estábamos sentados en el banco. Chilo, Efrén, el Gallego, Rosa y yo. Tres en el respaldo y dos abajo, entre las piernas de los de arriba; el resto, de pie. Las chicas solíamos ser las de abajo. A ellos no les gustaba sentarse ahí, donde las chicas. Nadie lo habló nunca, pero así era.

Jana estaba de pie.

Solía estar de pie.

Ni arriba ni abajo.

Traía en la mano dos bolsas grandes de pipas del puestuco de Pilarín. De las de cien pesetas. Facundo. Con dibujo del toro y el torero.

—Siento dejar este mundo... —dijo Chilo, que en realidad se llamaba Isidro pero nadie lo llamaba así.

Jana le lanzó una bolsa a la cara, por hablar, y la otra, sin mirar, al Gallego, que la cogió con la zurda. Eran la tercera y la cuarta de aquella tarde. A Chilo le rebotó en el brazo y fue la propia Jana quien la cogió de nuevo en el aire, manotazo relámpago.

—... sin probar pipas Facundo —respondió gloriosa.

Todos aplaudimos. Jana se dobló hacia adelante para hacer un molinillo aquí y allá con la mano salvadora, saludando al público como una actriz. Le brillaban los ojos igual que cuando fuimos a ver teatro al Palacio de Festivales de Santander. A nosotros también nos brillaban: si Jana te daba su luz, el mundo era un lugar mejor.

Efrén la miró y se sonrió, luego me clavó los ojos. Un rayo golpeó mi entrepierna, pero aparté la mirada. ¿Qué haces?, pensé

algo molesta y excitadísima. Deja de mirarme así en público que nos van a descubrir.

—¡Podrías ser actriz! —dijo Chilo, y por un momento creí que me lo decía a mí.

—Sí, venga, ¿y qué más? —respondió Jana, colgándose como un animal ágil y bello de la espalda de Efrén, que se había levantado del banco para irse al grupo de los chicos—. Como que eso se puede así porque una quiera.

Era sábado.

Un sábado cualquiera de noviembre.

Las nueve de la noche. Teníamos diecisiete años y estábamos en nuestro último curso de instituto. Llevábamos en el banco desde las seis y media de la tarde. Siempre quedábamos los sábados a las seis y media.

Periferia industrial santanderina.

A diez kilómetros a la izquierda, saliendo por el puente de la autovía y pasando el aeropuerto, estaba el Paseo Pereda, la zona de dejarse ver frente al antiguo puerto de Santander y la primera sede del Banco de Botín.

Velero, náuticos, Barbour.

A cinco kilómetros a la derecha, saliendo por el puente de la autovía y pasando el polígono de Parayas, estaban los diques de la marisma de Astillero y el ferry a Brighton, que acababan de sacar a tierra para repararlo como a un dinosaurio herido: esos días, mi primo y su cuadrilla llenaban su panza de aislante amarillo.

Moto Tiphon, zapatillas, forro polar.

Astillero se llamaba así porque nació de un astillero, aunque ya casi nadie —solo mi primo y su cuadrilla— trabajasen en él.

Éramos la puerta de atrás de la bahía.

La que no se enseña.

La de servicio.

...